This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

2082
PQ6085
V222
1890
520
F105
1890
STANFORD
LIBRARIES

CARTA

SOBRE LOS

"RIPIOS ARISTOCRÁTICOS Y ACADÉMICOS"

DE

DON ANTONIO DE BALBUENA.

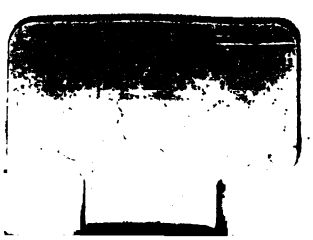
MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1890

STANFORD
LIBRARIES

EL AUTOR SE RESERVA EL DERECHO DE PROPIEDAD.



CARTA

SOBRE LOS

"RIPIOS ARISTOCRÁTICOS Y ACADÉMICOS"

DE

DON ANTONIO DE BALBUENA.

I

QUERIDO MAESTRO:

Me sorprendió usted una de estas noches leyendo los "Ripios Académicos" y riéndome con las ocurrencias, muchas veces felices, de D. Antonio de Balbuena; y á causa del profundo y algo sistemático respeto de usted á la docta corporacion de la calle de Valverde en Madrid, se me mostró poco ménos que escandalizado de la lectura y de la risa.

Yo defendí, como Dios me dió á entender, una y otra con motivos y razones que no convencieron á usted; y, así por aplacar su enojo como para rendir culto á la justicia, solté algunas frases acerca de lo inadmisible de muchísimos de los fallos del crítico y acerca tambien de lo cristalino de su tejado: las cuales frases, acaso porque halagaban la inquina de usted, llamaron su atencion y despertaron su deseo de que yo las apuntara ó escribiera por vía de preparacion de alguna labor científica que usted mismo, con la gran suma de sus conocimientos gramaticales, filológicos y de humanidades en general, se decidiria tal vez á emprender tocante á los "Ripios" y demás obras del mencionado Balbuena.

El cebo de esto último me ha hecho picar en el anzuelo, y ha dado orígen á los apuntamientos que siguen.

II

Aunque diste mucho de ser autorizado mi voto, por la lectura de la "Fe de erratas del Diccionario," de los "Ripios Aristocráticos" y de los "Ripios Académicos," he de sentar en descargo de mi conciencia que, en opinion mia, Balbuena conoce la lengua castellana en su esencia y forma, siéndole familiares el orígen y el significado de las voces y siendo él mismo casi siempre correcto en la prosodia y sintáxis y elegante en sus giros. A la buena lectura de griegos y latinos parece juntar la de nuestros clásicos castellanos, claridad y propiedad de diccion las más veces, depurado gusto, y un chiste fecundo é inagotable que es, al par, su principal cualidad y su escollo perpetuo, pues le sacrifica conscientemente y por sistema las reputaciones ajenas y hasta la propia.

Su escuela crítica, que tiene la nimiedad y acritud de Hermosilla, es la de D. Juan Martinez Villergas, que sale exclusivamente á caza de defectos, haciendo punto omiso de las perfecciones y bellezas; con lo cual se declara manca de nacimiento. Coincide tambien Balbuena con Villergas en hacer servir la crítica literaria á la satisfaccion de odios políticos y antipatías personales, con la circunstancia en el primero de que no perdona á los escritores de su partido que no llegan á la altura de su propia exageracion, y de que son para él pesadilla ó coco la nobleza no carlista y la Real Academia Española.

Si llegara á reinar D. Cárlos y nombrara ministro suyo á Balbuena, probablemente desapareceria por absolutista decreto la docta corporacion, y hasta sospecho que la reemplazaria en forma unitaria el crítico, declarándose solo pontífice de la lengua. Pero miéntras esto no suceda, dicha corporacion, á pesar de los inconvenientes y deficiencias de todas las cosas humanas y de los errores en que haya in-

currido y en que pueda seguir incurriendo, es quien ha de sentar la regla y fallar en cuestiones gramaticales. Cierto es que cuando Balbuena tenga razon contra ella —que á mi juicio la tiene á veces— se la concederán los inteligentes. Pero tambien es seguro que cuando solamente en representacion de su propia autoridad, esto es, sin exponer y fundar aceptablemente sus razones, se yergue el crítico frente á la Academia, apartándose deliberadamente de sus reglas y usos ó contradiciéndola y declarando erróneos sus fallos, la parte no indocta del público alza los hombros, estimando tal ocurrencia como uno de los no ménos salados chistes del escritor.

III

Precisando casos acerca de lo últimamente dicho, ¿quién tomará á lo serio los caprichos, dislates y errores del Sr. Balbuena en lo que voy á señalar?

1.° El empleo del adjetivo *edecuado* por *adecuado* (del latino *adaequatus*). "Más *edecuado* consonante era este, etc.," Ripios Académicos, pág. 249. No es errata, porque repite la voz en otros pasajes.

2.° Su reprobacion del sustantivo *trueco* en vez de *trueque*, estando admitidas por el Diccionario ambas voces, y siendo en muchos casos más elegante la primera, como lo prueba el uso de nuestros clásicos. Ibid., pág. 232.

3.° El uso de la partícula *de* á continuacion del infinitivo *deber* en los casos en que se omite ella por exigirlo el sentido de la frase. "*Debió* usted *de haber dicho*," por "Debió usted haber dicho." Ripios Aristocráticos, pág. 193. ". . . .Porque basta con no escribir, que es lo que usted *debia de hacer*." "Repito que lo que usted *debia de* hacer era no escribir." Ripios Académicos, págs. 179 y 197. En todos estos casos y otros muchos, convierte en dubitativa la frase afirmativa y aun prescriptiva.

4.° La anteposicion del adverbio de comparacion *tan* al superlativo. "Haciendo *tan remalísimos* versos, etc." RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, pág. 34.

5.° Esta omision de pronombre personal en verbo reflexivo: ".....Como se parece tanto á Esaú en lo de *pilosus*, quiere *parecerle* (por parecérsele) tambien en lo de vender, etc." Ibid., pág. 36.

6.° Locuciones impropias. ".....Vengando su rabieta en la literatura que no tiene *culpa maldita*" (por maldita la culpa). "Despues *le volví á recoger*," hablando de un libreto que por primera vez recogia. Ibid, págs. 124 y 234. Llama *epígrafe* al título de un libro: ".....En uno de esos volúmenes de lujo que llevan el *epígrafe* caprichoso de *Coleccion de Escritores Castellanos*, etc." RIPIOS ACADÉMICOS, pág. 7.

7.° Anfibologías, ó, por lo ménos, inconsecuencias. Hay en esta materia algo de muy curioso. Da gravemente á D. Alejandro Pidal la regla —de su propia cosecha— de que cuando se han puesto en una oracion dos sustantivos, si el verbo se ha de referir al primero de ellos, hay que expresarlo claramente, pues, de no hacerlo así, se referirá siempre el verbo al sustantivo más inmediato. Sin detenernos á examinar tal regla, acerca de la cual mucho tendria usted que decir, juzguemos á Balbuena por sus propios cánones: veamos cómo los aplica. Inmediatamente despues de sentar lo expuesto, agrega, en són de burla al citado Pidal: "¿Y eso es un académico? preguntará algun lector medio asombrado. —Sí, Señor; eso es un académico, ó, mejor dicho, eso son casi todos. Y desde luego, este *Alejandro* que *lo era* ya electo (Alejandro electo) cuando de esa manera se explicaba, *lo es* efectivo (Alejandro efectivo) desde el último domingo, etc." Hablando del mismo Pidal, dice tambien: "Llegó á considerar á D. Pedro José (su padre) como un gran escritor y un gran hablista, y á decir que *su* apellido *le daba* derecho á entrar en la Academia." Ibid, págs. 38 y 41. Ese apellido y este derecho, contra la intencion de Balbuena, perte-

necen, en virtud de su regla, á D. Pedro José Pidal y no á su hijo D. Alejandro.

8.° Rebeliones solemnes contra la Academia. En multitud de pasajes de las críticas de Balbuena le da asunto para ellas la circunstancia de que sus víctimas emplean el pronombre *le* en el dativo femenino, como lo ordena la Academia, y no el *la* de que es gran apasionado el mismo Balbuena, y de que dice aquella corporacion en su gramática: "No faltan autores de nota que usan en dativo las formas *la* y *las* idénticas á las del acusativo. Ejemplo es que no debe imitarse." El crítico dice á alguno de sus criticados: "Cumple usted en ese *le* un precepto necio de la Academia." RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, pág. 219. Con esto me recuerda Balbuena el candor del negro que no hallaba á una mujer muy hermosa más defecto que su blancura. El mismo escritor usa invariablemente el pronombre *les* en los casos en que todo hablista regular usa el *los*; casos acerca de los cuales dice la gramática: "Usar la forma *les* en acusativo es reprensible incorreccion." Hé aquí algunas citas de este abuso de Balbuena: ". . . . .Si se hubieran muerto hace ocho siglos, *les* hubiera visto el Dante, etc." ¿Qué les hubiera visto? ¿La oreja? ". . . .La emprende el pobre marqués contra los carlistas acusándo*les* de todo lo adverso." ¿Acusándoles recibo? Ibid, págs. 176 y 231.

Recapitulando algo de lo contenido en esta especie de inventario, y trayendo á colacion algun ejemplo antiguo de la gramática, se puede hacer notar que segun los usos y teorías de Balbuena, el juez prendió á unos gitanos y *les* ahorcó, no *los* ahorcó: prendió á unas gitanas y *las* notificó, no *les* notificó, la sentencia: las gitanas *deben de ir*, no *deben ir*, á presidio.

Y ántes de poner punto á la enumeracion de dislates y errores cazados al vuelo, pues la pesquisa detenida y concienzuda de los tales no éntra en mi exigua provincia, sino en la vasta y rica de usted, no estará de más apuntar que de los dislates y errores gramaticales suele pasar el escritor

con la mayor frescura á los que pecan contra el arte poética de que se estima profesor. Está, por ejemplo, reñido á muerte con los versos libres ó que carecen de consonancia y de asonancia, y ello es cuestion de gustos y en la cual puede hacer uso de su derecho; pero da por sentado que versos libres los hace cualquiera, y que los del mismo Moratin no valen un comino; al oir todo lo cual se le reirán cuantos sepan lo que son versos libres y lo que son los versos libres de Moratin. "Ni aun versos libres, que los hace cualquiera, sabe hacer este pobre muchacho." El pobre muchacho es el Doctor Don Marcelino Menendez y Pelayo. ". . . .Son unos versos (los versos libres) que, cuando están bien carpinteados como los de D. Leandro Moratin, parecen tan monos y tan ridículos!" RIPIOS ACADÉMICOS, págs. 21 y 53.

IV

Puede haber algo de nimiedad y hasta de escrúpulos monjiles en la mayor parte de lo anotado: pero si se tiene en cuenta la intransigencia y hasta la ferocidad con que Balbuena tacha y anatematiza defectos y descuidos ajenos mucho más baladíes, y hasta aquello que sólo por virtud de su propio gusto resulta defectuoso ó descuidado en opinion suya; si tenemos esto en cuenta, repito, no será impertinente recordarle de una manera práctica que, cuando el justo cae siete veces al día, bueno es moderar un poco el celo contra los pecadores.

Si con la gracia y la viveza del chiste, y con los conocimientos literarios y gramaticales del Señor Balbuena compitieran su rectitud de conciencia (hablo de la conciencia literaria), la fácil y exacta percepcion de los fines y la índole del Arte, el verdadero sentimiento de la estética, la caridad hácia el prójimo y la conveniencia y la urbanidad en las formas, no tendría precio como crítico. Estimándole tal como

se nos exhibe, resulta que, si bien nos instruye, interesa y hace reir, subleva por lo comun el entendimiento y la conciencia del lector contra sus fallos. Cierto es que la mala hierba pulula en las faldas del Parnaso, y que Balbuena no sin justicia, aunque sí con absoluta carencia de misericordia, mata y entierra á algunos adoradores de las Musas platónicos y desdichados; pero tambien es indudable que cuando se ensaña contra autores y obras que han merecido el respeto y el aprecio del público inteligente, el lector á menudo se divorcia de las opiniones del crítico y se inclina á juzgar desfavorable y tristemente de sus intenciones.

Refiérome en esto muy principalmente á sus artículos contra Don Marcelino Menendez y Pelayo, Don Juan Valera y Don Gaspar Nuñez de Arce, beneméritos de la literatura española en nuestros dias.

En lo general llama la atencion que un escritor católico, como lo es sin duda el Señor Balbuena, cifre delectacion morosa en amenguar el brillo de adalides tan inteligentes y resueltos de nuestra escuela espiritualista como Menendez Pelayo y Valera, no obstante las apariencias y jactancias de escepticismo del segundo; en circustancias en que la ola del positivismo y el verdadero y nauseabundo aluvion materialista procedente de las novelas de Zola y de sus discípulos y parciales, tratan de arrebatar y sepultar cuanto distingue al hombre del bruto y á nuestra sociedad de una piara de cerdos. Tal extrañeza es tambien aplicable á la conducta del crítico respecto de Nuñez de Arce, quien, si desbarra en "La Vision de Fray Martin" y en alguna que otra composicion diversa, ha escrito vigorosos y brillantísimos versos en defensa de cuanto hay noble y grande, segun se puede ver en sus "Gritos del Combate."

Viniendo á pormenores, salta á la vista, en confirmacion de lo que he dicho de que la crítica de Balbuena sólo busca defectos; salta á la vista, digo, que ha escogido intencionalmente las composiciones y los pasajes más débiles de los mencionados poetas para su exámen. Así, en Me-

nendez Pelayo hace caso omiso de sus mejores y más acabadas versiones de himnos latinos y hebreos: en Valera ni mienta la traduccion del himno latino al Amor, y las dos silvas originales y bellísimas acerca del amor de un viejo contenidas en la novela "El Comendador Mendoza:" en Nuñez de Arce para nada recuerda el poema "Raimundo Lulio," con que se enorgullece la poesía castellana en nuestra época. En los rarísimos casos en que se aparta de tal sistema, por ejemplo, cuando ataca "La Galerna" de Menendez y el "Idilio" de Nuñez de Arce, pudiéramos sospechar que lo hace con el deliberado intento de rebajar aquello mismo que más ha agradado á los lectores ó que honra más al autor.

No creo que moleste gran cosa la crítica de versos escritos, probablemente, á ratos perdidos y sin presuncion alguna, á los dos mejores prosistas castellanos de nuestro tiempo, notabilísimos, además, en géneros mucho más importantes de la literatura que la poesía lírica; y en cuanto á Nuñez de Arce, el poeta lírico por excelencia, ya verá usted que Balbuena, después de fustigarle, con injusticia casi siempre, le rinde un testimonio de aprecio que tanto como á Nuñez de Arce honra al mismo Balbuena.

V

Para dar á usted más aproximada idea de estas críticas, tocaré brevemente una que otra materia de los artículos consagrados á los versos de los tres citados poetas, Menendez Pelayo, Valera y Nuñez de Arce.

Contra el primero de ellos, el primer disparo de Balbuena es un rasgo de mala fe, pues cita así estos endecasílabos de Menendez, cambiando el acento en *Policrates* para estropearlos y deshacerlos:

"Cantó Anacréon el amor y el vino,
Cual del tirano *Policrates* siervo:
Mas era heleno *Policrates:* cuna
Diérale Samos."

Con advertir que Menendez escribió *Policrates* y no *Polícrates*, se ha dicho lo necesario. Igual procedimiento ha empleado Balbuena para descoyuntar este otro endecasílabo:

"Y tus medulas pertinaz gangrena,"

haciendo *médulas* las *medulas*. Vaya un tercer rasgo de mala fe:

"De mis cantos daré la flor primera:
Cobre hermosura al adornar tu frente."

"Este cobre, dice Balbuena, á primera vista parece metal; pero despues resulta que es verbo." Lo que resulta aquí es que esto no puede ser crítica.

Censura lo largo de algunos títulos; el empleo de algun texto pagano pudiéndose haber escogido otro, cristiano, para epígrafe; y el uso, en general, de casi todos los adjetivos, pues son éstos la pesadilla de Balbuena.

"¿Por qué de Horacio el numeroso acento. . . .

"Este numeroso, escribe, no crean ustedes que quiere decir que Horacio tenia muchos acentos: quiere decir *armonioso*." Gracias por la explicacion; pero habriamos preferido que nos explicara por qué reprueba esta frase: "*Tejer* soñadas alcurnias en alabanza de álguien."

Critica todas las trasposiciones de Menendez, sin recordar la de Rodriguez Caro:

"Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado etc."

Critica el uso del epíteto *ardido* por osado ó valiente, al parecer sin más razon que la de ser anticuado. Critica el uso del epíteto *lodosa* aplicado á la ciudad de París, sin recordar el significado de *Lutetia*, su antiguo nombre; y hasta parece rebelarse contra la lengua madre del castellano, cuando anatematiza el latinismo con que termina el segundo de estos versos:

"Levántase la forma vencedora
Del mármol que el cincel taja y *escinde*."

Cita este excelente terceto:

"Corra en la piedra de la vida el río:
Tú serás el cincel, noble señora,
Que labre el mármol del ingenio mío."

Y se le ocurre que no entiende lo del río de vida que corre en la piedra, agregando: "Pues se conoce que la noble señora no ha querido meterse á cincel; porque el ingenio de Marcelino, vamos, el ingenio poético, sigue enteramente por labrar."

Critica algun vocativo, *Dulce y gentil señora*, tomando lo *gentil* en el sentido de pagano; y sin recordar en cuanto á *dulce* aquel verso de Fray Luis de Leon en su oda "A la Ascension del Señor:"

"Dulce señor y amigo, dulce hermano."

Como es casi imposible ocultar siempre la verdad, aunque se procure, además del terceto que acabo de reproducir, ha tenido el crítico el candor de citar estos otros versos, no ménos excelentes, de la "Galerna del Sábado de Gloria," composicion de las más bellas de Menendez Pelayo, segun ya he dicho:

"Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas.
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no del frágil mirto su corona,
Que ni falerna vid ni ático olivo
Ni siciliana mies ornan sus campos."

Y ha citado tales versos, solamente para agregar, sin temor de Dios ni respeto de sí mismo: "Es decir que se va por los campos de la libertad, ensartando prosaísmos y ripios como otras veces." ¡Á lo que acaba usted de admirar llama prosaísmos y ripios el Señor Balbuena!

Si se hubiera limitado á censurar algunos casos de hipérbaton inadmisibles, versos insonoros, el uso indebido de los agudos entre los graves, y el descuido respecto de asonan-

cias en los finales de versos libres, habria estado en lo justo. De sus innumerables injusticias, sin embargo, venga cumplidamente al autor la simple insercion por Balbuena de los versos que yo á mi turno he copiado aquí. Ellos dicen á los inteligentes si es ó nó tambien poeta el profundo humanista D. Marcelino Menendez y Pelayo, ó sea *ese pobre muchacho* segun Balbuena.

VI

En expresion del mismo, D. Juan Valera, el inteligente y ameno crítico, el docto humanista, el claro, castizo y elegantísimo escritor que ha producido la "Pepita Jimenez," "Doña Luz," "El Comendador Mendoza," "Pasarse de listo" y "Las ilusiones del Doctor Faustino;" novelas que cuantos pueblos hablan el castellano tienen ya conocidas, y que son de muy interesante y regocijada lectura, por más que no estemos conformes con todas las tésis que desarrollan, ni con la sustancia de todos los chistes maliciosos pero delicados que en ellas campean: en expresion del crítico, repito, D. Juan Valera, "considerado como prosista, es *pasaderillo:* pero como poeta ¡Dios mio, qué malo!"

Para probar lo último, sin ocuparse en los versos de Valera más ó ménos recientes, y dándolos por no escritos, Balbuena acude á una antigua coleccion de poesías de aquel autor, coleccion que, segun el crítico, "tiene ya treinta y dos años de fecha." Y en seguida, escoge y entresaca las composiciones de carácter más íntimo y familiar, para despacharse con ellas á su gusto en cuantos cargos de prosaísmo le formula. La tarea, como usted comprende, no era dificultosa, y, sin embargo, no siempre ha sido feliz el éxito.

Ejemplo de ello. Dijo Valera:

"Jamas en buscar símiles me paro
Si con perfecta claridad explico
Lo que enturbie quizas si lo comparo."

Á esto observa el crítico: "¡Lo que enturbie! Sobre ser prosa pura, sobre no haber ni asomos de poesía, tampoco hay gramática. Porque D. Juan quiso decir *lo que enturbiaria si lo comparara*, y por la necesidad del consonante y de la medida y demás, dijo *lo que enturbie*, que no tiene sentido gramatical ninguno." ¿Dónde tenia el suyo Balbuena cuando así discurria? Cualquier principiante de gramática podrá demostrarle que, dada la construccion de la frase toda, hay entre *enturbie* y *comparo* la misma correspondencia que entre *enturbiaria* y *comparara*, y que lo escrito no es menos ajustado á la regla gramatical que lo propuesto. De más á más, sale holgando la acusacion de prosaísmo cuando el género de la composicion y la índole del pasaje citado no exigian otra cosa que la buena construccion y la claridad que en él reinan.

Vea usted un nuevo caso de prosaísmo segun el crítico: Compara el poeta el pensamiento con la mujer que necesita de aseo y de primor,

> "Para que amable nos parezca y bella,
> Pues la falta de ornato y compostura
> Eclipsa la beldad que luce en ella."

Va resultando hasta ahora con los versos de D. Juan Valera, lo que con los de Menendez Pelayo: que la simple insercion de ellos constituye su mejor defensa.

La repeticion de los cargos más ó ménos infundados de prosaísmo, y el señalamiento de algunas faltas prosódicas verdaderas y de la mala construccion real de varios versos (cosas muy comunes en los de autor tan novel como tenia que serlo Valera hace cerca de medio siglo), llenan el resto del artículo que le disparó Balbuena. Respecto de las poesías de aquél posteriores, entre las cuales hay no pocas bellísimas, se calla éste como un muerto.

VII

Llegó á lo relativo á D. Gaspar Nuñez de Arce, en quien toda la poesía, segun Balbuena, es un puro adjetivo.

No quiere el crítico que el poeta llame *petulante* á Maruja; ni que sea *lento* el rio en su curso; ni que el lago esté *sin espuma;* ni que se deje correr las horas *sin medida*, porque se cuentan, no se miden; ni que se pueda uno olvidar del mundo *como un preso;* ni que *rindamos la cerviz* al lazo del matrimonio; ni que *se tome*, en vez de *se ponga* á álguien por testigo, *que es lo corriente* (*Tu dixisti*); ni que el amo que despide á un criado le diga *te despido;* ni que se califique de *gallarda* á una rapaza guapa; ni que el mar *abisme en sus olas* á los náufragos ó sus ambiciones; ni que una ermita se alce *enhiesta* en algun picacho; ni que un peñon aparezca *desnudo y solitario;* ni que sean *blanca* una capilla, *verde* la montaña, *desiguales* sus contornos, *tajado* el peñon, *acantilada* la costa, *furiosos* los vendabales, *pintoresca* la vega, *humilde* un poblacho de pescadores, y *honrados*, *rudos* y *ásperos* los pescadores que forman el poblacho. ¡Tantas otras cosas no quiere!

Por cierto que entre las aquí no expresadas, había yo dejado pasar una muy curiosa: no quiere que el cambio ó trueco de besos y caricias *quiebre* de pronto pláticas amorosas. ¿Se figura que únicamente los sólidos se quiebran? ¿No recuerda el *fulgura frango* que se ponia de mote á las campanas? ¿Nadie le ha *quebrado*, de chico, la voluntad? Sobre todo ¿no ha dicho él mismo (RIPIOS ACADÉMICOS, pág. 141) ". . . . y así salta con el sentido de un terceto á otro *quebrándolos* todos por la mitad?" Pues si él quiebra tercetos, deje que otros quiebren conversaciones.

No me parece más acertado en este otro reparo:

"Cubre su seno incitador espesa
Y nívea malla de ligero encaje."

Dice Balbuena: "Pero despues de haberla hecho usted espesa ¿para qué la quiso usted hacer de encaje ligero? ¿No veia usted que las dos cosas eran incompatibles?" Otros dirán que, aun siendo de ligero encaje, pudo resultar espesa la pañoleta una vez doblada, que es como la usan al cuello las mujeres.

Ni se le fueron ménos los bártulos en lo que sigue:

"El horizonte corta y se alza enhiesta
Sobre la calva cresta
Del picacho granítico una ermita."

"¿*Calva cresta* dice usted? (exclama Balbuena). Pues crea usted que las crestas no son calvas, y que donde hay cresta no hay calvicie." Se olvidó de la cresta carnosa de algunas aves; y, sobre todo, de que *cresta*, en su tercera acepcion, es cima ó cumbre de montañas formada de peñascos con la figura de cresta de gallo. Resulta, pues, que puede haber y hay, efectivamente, y en abundancia, crestas calvas ó que carecen de vegetacion, aunque el crítico se sulfure.

Claro está que habia de pasarle inadvertida la belleza de la estrofa siguiente, en que aparece Maruja al lado de su esposo, y que Balbuena inserta para anatematizar el epíteto *viva:*

"Agraciada mujer viva y morena,
En la ingrata faena
Le acompañaba, y con secreto gozo,
A menudo ligera como el rayo,
Mirándole al soslayo
Orgullosa exclamaba: ¡Es un buen mozo!"

¿Qué valen junto á esto la letra menuda y las cavilosidades de los que se propongan empañar todo brillo?

Creo que despues de lo apuntado, bien puedo saltarme á algo de lo que Balbuena dice acerca del "Idilio," la más sentida de las composiciones de Nuñez de Arce. Está lleno, segun aquél, de incorrecciones, prosaísmos y ripios, lo cual, caso de que fuera cierto, se le deberia perdonar ante la be-

lleza de la generalidad de sus versos, de que dan idea éstos, insertos en el artículo:

"Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Vírgen bendita,
A cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada
Que se arrojó en mis brazos sollozando.
La estreché desolado y convulsivo.
—¡Murió! ¿Para qué vivo?
Grité con ansia inacabable y fiera. . . ."

Véase cómo aprecian lo patético algunos críticos de detalle:

"¿Qué habia Usted de *gritar*, hombre? Ahí no se puede gritar. Es imposible. Gracias que se pueda sollozar, ó murmurar, ó suspirar, ó decir; pero gritar, nunca. Y luego con ansia *inacabable* precisamente. . . ."

Si hubiera leido *inagotable*, habria dicho que no se trataba de líquidos. En cuanto á gritar ó no gritar en casos así, supongo que ha de ser cuestion de temperamentos y caractéres. Sollozar seria poco: limitarse á suspiros, solamente lo haria un alma de cántaro; y de murmurar no seria ocasion, salvo que el crítico quisiera que se murmurara de la Divina Providencia, lo cual no creo.

Y no vaya usted á figurarse que el Señor Balbuena es del todo insensible. Hé aquí, á vueltas de pullas impertinentes de que no le es dable prescindir ni en sus raros accesos de sensibilidad, alguna confesion suya que le honra mucho, y á que ántes aludí:

"Pero aun el *Idilio*, que es lo mejor que ha escrito usted, tambien está lleno de incorrecciones. ¡Y cuidado que es hermoso el *Idilio!* Yo no sé si será verdad que ha plagiado usted el argumento. Lo que sé es que el *Idilio* es bellísimo. Con decirle á usted que le he leido muchas veces, y todavía no le puedo leer sin que se me salten las lágrimas, me parece que digo bastante."

Sí; es bastante. Es el triunfo del Arte en toda tierra de

cristianos y hasta de moros; y las lágrimas de un varon tan poco tierno y blando como parece el Señor Balbuena, deben compensar de todas sus injusticias al poeta.

Si libre de prejuícios pudiera aquél examinar serenamente el caso, se convenceria de que si el "Idilio" hubiera sido escrito á su gusto, ó sea ajustadamente al mezquino cartabon de sus reglas, suprimiendo epítetos que dan vida, vigor y movimiento á los afectos, descripciones y accion del poema, y empleando frases rebuscadas y alambicados pensamientos en vez de los que llama él prosaísmos y que las más veces no son sino realismos de buena ley, no le habria hecho llorar, ni suspirar siquiera, el "Idilio."

Con sobradísima razon, á la regularidad y aridez de las tragedias de Voltaire y de algun autor inglés de nota (Addison), preferia el Doctor Johnson las excentricidades y la magnificencia de los dramas de Shakespeare.

VIII

Comprendo que, aun despues de todo lo escrito, no podria yo hacer que usted se formara cabal idea del procedimiento crítico de Balbuena sin recurrir á lo que en estos momentos la necesidad me sugiere y voy á poner en práctica: elegir alguna composicion buena y corta del antiguo parnaso español, insertarla aquí para que la tenga usted á la vista, y figurar que Balbuena la critica segun sus caprichos y genialidades, sin apartarme de sus expresiones y modos característicos.

Elijo, pues, el célebre soneto de Lupercio L. de Argensola "Al Sueño," que dice:

"Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho

Mostrándome cortado el nudo estrecho
Consuelo solo de mi adversa suerte.

"Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
Ó al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

"El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto:

"El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas."

Supongamos por un momento que Argensola, en vez de haber brillado en su siglo, viviera hoy modestamente en Madrid pretendiendo un sillon académico ó acudiendo ya periódicamente á ocuparle en la casita de la calle de Valverde, y que hubiera tenido la malaventurada idea de publicar su soneto en la "Discusion" ó en "La Union," ó en cualquiera otro periódico de la villa del Oso y del Madroño. No habria sido extraño sino lógico y naturalísimo que Balbuena cerrara así contra el soneto y el autor:

"Imágen *espantosa* de la muerte,"
(Que en mala parte le tomó se advierte.)
"Sueño *cruel*. . . ."

En sólo un verso y pico dos adjetivos. La aplicacion del segundo al sueño es una verdadera crueldad, cuando generalmente se le llama dulce ó blando.

"Sueño cruel, no turbes más mi pecho,"

No-tur-bes-más-mi-pe-cho. Siete notas monosílabas seguidas, con el aditamento del *bes más* en *no turbes más:* todo lo cual es una segunda crueldad contra la poesía y los oyentes.

"Mostrándome *cortado* el nudo estrecho"
(Fuera mejor "deshecho,"
Porque nunca, si estoy en juicio sano,
Se ha cortado más nudo que el gordiano.)

De paso, van ya tres adjetivos: pero no nos alarmemos por tan poco. El soneto es un chaparron de ellos.

"Con*suelo solo* de mi adver*sa su*erte."

Suelo-solo-sa-su. ¿De qué le servirán las orejas á Argensola?

"Busca de algun tirano el muro *fuerte,*
De jaspe las paredes, de oro el techo;"

El muro y las paredes, ó sea olivos y aceitunos en obsequio de la claridad. De oro el techo. ¿Dónde habrá visto techos de oro el autor? Hay techos dorados, y es cuanto. Á todo esto ¿qué necesidad tiene el sueño de buscar paredes y techos, pudiendo apoderarse desde luego del tirano mismo, sin andarse en rodeos, y, como si dijéramos, por los rincones, ó por los cerros de Ubeda?

"Ó al rico *avaro* en el *angosto* lecho"

Sí, Señor, tan luego como se acuesta el rico se convierte en avaro. Seria mejor que durmiera en poltrona. Y ese adjetivo *angosto* ¡qué poético! La *estrechez* del nudo gordiano le habria venido mejor á la cama, y lo *angosto* de ella al entendimiento del bardo. Y en *rico avaro* ¿cuál es el sustantivo y cuál el adjetivo? Porque lo mismo puede tratarse de un rico que es avaro, que de un avaro que es rico.

"Ó al *rico avaro* en el *angosto* lecho
Haz que temblando *con sudor* despierte."
(Sin causar extrañeza ni alboroto,
Caso nada remoto
Si de terciana sufre ataque fuerte.)

Haz por *hazle.* ¿Temblando con sudor, ó despertando con sudor? Se puede temblar y despertar trasudando, ó bañado en sudor el cuerpo; mas no se dice temblar con sudor ni des-

pertar con sudor. Posible es, sí, despertar á causa de lo abundante del sudor. En todo caso, buen provecho le haga al rico sudar, y que se enjugue como pueda. ¡Ocurrencia verdaderamente patológica y asquerosa!

"*El uno* vea el *popular* tumulto"

El uno. ¿Quién es ese *uno?* ¿Estamos en presidio, donde se designa á cada forzado por su número? Ya irán apareciendo el *Dos* y el *Tres* y los demás.

"El uno vea el popular tumulto
Romper *con furia* las *herradas* puertas,"

Herradas, sí, que las puertas no han de ser ménos que los caballos: el herrador es el poeta.

"El uno vea el *popular* tumulto
Romper *con furia* las *herradas* puertas
O al *sobornado* siervo el hierro *oculto.*"
(¿Cómo verle podrá si no hace bulto?)

Hé aquí lo que se llama pretender *con furia* cosas imposibles y disparatadas. ¿Cómo *el Uno* ha de ver el puñal del *Dos* si le tiene éste escondido? Solamente por milagro, ó por alguno de los efectos del hipnotismo, hoy en boga. Anótese la asonancia de *siervo* y *hierro.*

"El otro. . . ."

Ya van apareciendo los demás.

"El otro sus *riquezas descubiertas*"

¡Vaya otra asonancia por si hace falta!

"El otro sus riquezas descubiertas
Con *llave falsa. . . .*"

Léase *ganzúa,* que es como decimos en Castilla.

"El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa *ó con* violento insulto;"

Ó CON. ¡Pobrecillo de O'Connell! ¡Dios le haya perdonado! Y ¿quién es el insultado? ¿El tesoro escondido y descubierto, ó su dueño, que lleva aquí el número *Tres?*

"El otro sus riquezas *descubiertas*
Con llave *falsa* ó con *violento* insulto;
Y déjale al amor sus glorias *ciertas*."

Como si dijéramos "déjale en paz." Afortunadamente así nos deja ya el autor, puesto que aquí concluye el..... soneto, para darle algun nombre á esta descomposicion. Y adviértase que como los sonetos deben cerrarse con llave de oro, éste se ha cerrado con llave falsa ó ganzúa, que de tal sirvió al bueno de Argensola el soso adjetivo *ciertas* para abrirse salida en las dificultades de la conclusion. Por lo demás, era lógico y debido que acabara con un mal adjetivo el soneto que ya llevaba trece adjetivos en el cuerpo, y que con el adjetivo final completó catorce para que le salgan á uno por verso. El autor es, ciertamente, muy digno del sillon académico.

Aquí termina lo que *mutatis mutandis* habria probablemente dicho Balbuena. Cuantos hayan leido ó leyeren los "Ripios" podrán decir si en algo exagero, y si la imitacion que ensayo es inexacta, salvo en sus propias deficiencias de vida y gracejo y tambien de brusquedad y mala crianza.

IX

Supongo á usted escandalizado y furioso de tanto desacato, y evocando la sombra de D. Manuel José Quintana para que ratifique y sostenga, con el vigor que distinguia al gran poeta é inteligente crítico, lo que en el "Tesoro del Parnaso español" dijo acerca de esta composicion de Argensola:

"La idea principal, los accesorios que la enriquecen, la bella distribucion de las partes, la energía de la expresion, la excelencia de los versos, todo es admirable y hace que

este pequeño poema éntre en el cortísimo número de aquellos que desesperan por su perfeccion. Si Lupercio no hubiese escrito más que estos catorce versos, formariamos de su talento una idea infinitamente mayor que la que resulta de sus demás composiciones. ....Este *angosto lecho*, este *sudor*, este *temblor* no tienen por su fuerza y por su viveza nada que las iguale en las demas obras del poeta, ni que las exceda en castellano."

¡A tal punto pueden diferir y hasta resultar antagónicas la autorizada crítica literaria antigua, y la que gasta hoy el Sr. Balbuena!

¡A tal punto, agrego, fundándome en la fingida crítica del soneto de Argensola, es fácil destrozar ó, cuando ménos, deslucir las mejores obras del ingenio!

Porque para hablar sin embozo y decir todo lo que siento, seguro estoy de que, haciendo á un lado cavilosidades y guasa, algunas de las observaciones que he atribuido al mismo Balbuena, han parecido á usted, allá en el fondo de su conciencia, plausibles cuando ménos; y de que el recuerdo de ellas le impedirá gozar tan de lleno como ántes con la lectura del soneto en que involuntariamente ha de sospechar ó vislumbrar ya desperfectos y equívocos que le asalten como un mal pensamiento, contra el cual, seamos sinceros, ha de carecer de eficacia el agua bendita de las apreciaciones de Quintana.

Esto que á primera vista parece raro é inexplicable, quizá no lo sea para quien algo se fije en los caractéres de la crítica antigua y de la moderna, sobre todo, la del género á que hoy me he referido: aquella más inclinada á entusiasmarse y alabar; ésta, por regla general, sin ilusion ni alteza de miras, resuelta casi exclusivamente á analizar y demoler. Por otra parte, los adelantos alcanzados obligan á que aun la buena crítica sea hoy mucho más severa y exigente al ocuparse en las formas de todo producto del Arte. El exámen y detenido estudio de estos y otros puntos y del verdadero valor de los juicios de Balbuena, más bien que á

Stanford University Libraries
3 6105 020 318 288

simples aficionados como yo, debe emplear á personas tan competentes como usted. Ánimo, pues, querido Maestro: provéase usted de magnesia si es necesario, y acometa la empresa, que todos ganarémos con ello.

J. M. Roa Bárcena.

México.—1890.